



ME ENAMORÉ DE
LA ESPERANZA

LANCALI

CROSS
BOOKS

ME ENAMORÉ DE
LA ESPERANZA

LANCALI



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *I Fell in Love with Hope*
© del texto: Lancali, 2022
Folio Literary Management, LLC e International Editors & Yáñez Co'.

© de la traducción: Laura Navas, 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28219-8
Depósito legal: B. 20.938-2023
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

Ojos de destellos amarillos

Años después...

Cuando murió, me convertí en otra persona.

Solía soñar con una vida conjunta. Creía que podía contar con que esos destellos amarillos en sus ojos formarían parte de nuestro futuro, pero el futuro siempre es incierto. Nada como ver cómo alguien a quien quieres se marcha para darte cuenta de esto.

Nada como crecer en un hospital para entenderlo.

Ese ruido blanco y constante mantiene a raya tu cordura. Las camillas van pasando mientras el personal camina por el carril que le ha sido asignado, como si se tratara de una especie de autopista médica. Aparte de eso, la comida es aburrida e insípida; igual de aburrida e insípida que la decoración, para no desentonar. En verdad, un hospital no es más que eso, básicamente. No es un lugar para recuperarse o para que te administren un tratamiento, sino un lugar en el que esperar.

Imagina que tienes una bomba encadenada a tu muñeca. Hace los mismos ruidos que un monitor cardíaco. Día y noche, hay una cuenta atrás. Una cuenta atrás que, por cierto,

es invisible. Mira tu bomba, sostenla en el aire como si se tratara de un reloj. Toda la información que recibirás de vuelta es una luz roja parpadeante acompañada de esos estridentes pitidos. Información que te recuerda que, un buen día, la bomba estallará, solo que no sabes cuándo.

Eso es lo que significa la espera hasta la muerte.

Una bomba con nombre de enfermedad que corre por tus venas.

No puedes negarlo. No puedes destruirla. No puedes escapar.

El tiempo, la enfermedad y la muerte disfrutan tejiendo lazos de miedo, y les encanta jugar.

Las sombras son sus herramientas. Sus dedos se aferran a tus hombros y te estremeces. Te arrastran hacia la oscuridad llevando consigo tu cuerpo, tu mente y todo lo que les plazca.

El tiempo, la enfermedad y la muerte son los mayores ladrones del mundo. O al menos lo eran.

Hasta que se formó nuestro grupo. Un grupo de cuatro personas que no creían en bombas.

Sony no irrumpió en mi vida postrada en una cama de hospital, sino dándole patadas a una máquina expendedora que le había robado la chocolatina. Fue verme y su frustración se desvaneció, compartimos una asquerosa chocolatina y hablamos de sueños inverosímiles en el frío suelo de un pasillo. Aunque yo en ese momento no lo sabía, ella acababa de sobrevivir a una pérdida mucho mayor que la de uno de sus pulmones. Su pelo es color fuego y su corona es la libertad. Es una auténtica gladiadora y la ladrona más valiente que conozco.

Coeur es un ser mucho más tranquilo. Es como si fuera

nuestra fuerza, ese músculo al que siempre echarle la culpa. Su madre es francesa, su padre, haitiano, ambos se pasaron de optimistas al darle ese nombre a su hijo. *Coeur* significa 'corazón', pero el corazón que hay dentro del cuerpo de C está roto. Literalmente. Sin embargo, su alma alberga el corazón más grande de nuestro grupo. Él es el apasionado, y también el peor ladrón.

Neo es escritor. Amargo poeta. A diferencia de Sony, es silencioso y, a diferencia de C, no tiene remordimientos. Su columna vertebral es frágil, pero sus palabras lo compensan. Es bajito y huesudo, tan pequeño que lo llamamos Bebé, aunque, para ser un bebé..., menudo temperamento se gasta. Tengo la certeza de que nunca ha sonreído en su vida. Él es a quien conozco desde hace más tiempo y, aunque tenga ese punto de malicia y esté siempre de morros, se trata de una máscara, es su forma de protegerse. También es la persona más inteligente que conozco. Es observador, creativo y resiliente. Él es quien planifica y registra nuestras grandes hazañas de robos. Siempre dice que Sony y yo somos dos personas extrovertidas que lo secuestraron y obligaron a ser su amigo, pero, aunque no lo reconozca, yo sé que disfruta de nuestra compañía. Antes de encontrar a tu gente, los hospitales te pueden hacer sentir muy solo.

Han pasado varios años desde que Neo, Sony y C empezaron a entrar y salir del hospital.

Ahora, cuando vuelven a casa, no duran mucho allí. La enfermedad es codiciosa y va tomando pedacitos de ti hasta que ya no te reconoces. Esto es precisamente lo que les ocurre a Neo, a C y a Sony, que ya no se reconocen a sí mismos fuera de este lugar.

Tengas o no tengas una enfermedad, la noche siempre creará espejos en las ventanas. Esos espejos solían mostrarles imágenes de cadáveres a mis amigos: esqueletos con huesos

desnudos de piel, órganos saliéndose de una caja torácica y sangre derramándose por una boca. Antes solían temblar ante tales predicciones, casi podían rozar con las yemas de los dedos la superficie de esa proyección. Diagnósticos, pastillas, agujas y un sinfín de espejos nuevos que nunca quisieron ver materializados. Esos reflejos se convirtieron en su realidad.

Entonces, en lugar de conocer aquellas nuevas versiones de sí mismos, vulnerables a causa de las camas en las que dormían o las batas que usaban, mis amigos apagaron la luz. Subieron por una escalera y se vieron en la azotea. Dejaron que las yemas de sus dedos rozaran el cielo sin ninguna barrera que les impidiera tocar las estrellas.

Desafiantes.

—Deberíamos robarlo todo —dijo Sony. Era valiente incluso cuando su llama estaba más débil—. Robemos todo lo que podamos antes de irnos.

—¿Todo? —preguntó C.

—Todo.

—Todo significa una lista muy larga —sentenció Neo.

—Os han robado la vida —dije—, ¿por qué no robar algo de vuelta?

Ese fue el día en el que nació nuestra Lista Negra. Pero, por ahora, aún no lo hemos conseguido todo.

Robar es un arte, y todavía tenemos que convertirnos en artistas, pero eso no quiere decir que no lo estemos intentando.

Salimos del hospital en una tarde despejada. Sony está al mando, C empuja la silla de ruedas de Neo a través del bulvar. Bajamos por la acera y entramos en un pequeño supermercado. Sony se acerca sigilosamente a un expositor lleno de gafas de sol y se pone unas de aviador. Examina el lugar y asiente con la cabeza.

—Ahora —dice con la etiqueta del precio colgando de la patilla.

C se dirige hacia las neveras.

—¿Ahora? —Neo mira hacia arriba mientras acaricia el libro que siempre lleva consigo. Su copia de *Grandes esperanzas*. Es algo que ya forma parte de él, como un lunar o la forma de su nariz. Tiene el lomo igual de doblado que él.

—Ahora —ordena Sony con el pecho henchido.

—¿No nos pillarán? —susurro mirando alrededor del súper de la gasolinera. Tres personas deambulan por los pasillos y el cajero está hojeando una revista.

—Está claro que nos van a coger —dice Neo.

Sony sonríe burlona con la mirada por encima de la montura de las gafas de sol que está a punto de robar.

—¿Y por qué iba a pasar eso? —le chincha.

Neo resopla.

—Porque eso es lo que ocurre siempre.

—Hoy es diferente. Hoy la suerte está de nuestro lado —proclama Sony. Luego da un respiro profundo y dramático—. ¿No lo saboreas, Neo?, ¿este aire tan dulce?

—Estamos en el pasillo de las chuches, idiota. —La silla de ruedas de Neo cruje cuando gira la cabeza para mirarme—. Sam, dile que es idiota.

Lo haría, pero valoro mi vida.

—Sony, eres idiota —dice Neo. Acto seguido, saca de su silla un bolígrafo y un cuaderno que abre de golpe para garabatear: «16.05: Sony es idiota».

Neo es nuestro escriba, el que registra nuestras grandes hazañas. Bueno, de acuerdo, no es que él mismo haya accedido del todo a hacer ese trabajo. Ni siquiera había aceptado acompañarnos en esta misión. Pero cuando tu columna vertebral tiene forma de gancho, no puedes escapar a los grilletes de la amistad. La silla de ruedas rechina cuando la empujo fuera del alcance de Sony.

—Qué raro que necesites una cirugía de espalda, ¿ver-

dad, Bebé? —Sony no tiene un trabajo específico; ella es la que los asigna, y la encargada de ser ese diablillo en mi hombro que exhibe su descarada sonrisa—. Seguro que ese palo que tienes en el culo te puede servir como columna vertebral, ¿no?

—Sueñas un montón de mierda para ser alguien que ni siquiera es capaz de subir un tramo de escalera —gruñe Neo.

Empujo su silla de ruedas un poco más atrás.

—Lo mío es un don. —Sony suspira con su único pulmón lleno de ambición—. Ahora mira cómo trabajo y no interrumpas mi concentración.

Neo y yo observamos cómo Sony se dirige hacia el mostrador principal mientras sus sucias zapatillas blancas chirrían contra los azulejos a cada paso que da. La muy diablillo no se olvida de meterse una piruleta en el bolsillo trasero por el camino.

—Cleptómana —se queja Neo.

—Disculpe... —Sony mueve los brazos por encima de la cabeza para llamar la atención del cajero. Su mirada de soslayo cobra otro matiz tras mirar una segunda vez. Sony es guapa. Posee ese tipo de belleza salvaje, autoritaria y de ojos brillantes. Pero me imagino que la sorpresa del cajero tiene más que ver con los tubos respiratorios que asoman por debajo de su nariz y le cubren las mejillas.

Los cigarrillos que señala detrás del mostrador cavan su propia tumba.

—Quería esos de ahí, por favor —pide Sony.

—Señorita, yo... —El empleado de la gasolinera interrumpe su propia frase para echar la mirada hacia los cigarrillos antes de volver a ella—. ¿Está segura? No creo que se los pueda dar con la conciencia tranquila.

—Pues para mirarle la delantera sí que tiene la concien-

cia tranquila —masculla Neo como si fuera a morder el puño sobre el que apoya su cabeza.

—Oh, no, señor, no son para mí, emm... —Sony retrocede bajando la cabeza—. Estas personas de aquí y yo, bueno, hemos... —El diablillo no tiene ningún problema a la hora de fingir que está llorando. Presiona la mano contra sus labios—. No sabemos cuánto tiempo nos queda. A Neo, el chico que está ahí, le operan mañana de cáncer.

Nos señala por encima de su hombro. El cajero hace contacto visual con Neo y conmigo y apartamos la mirada al instante. Él incluso aparenta estar buscando chicles y mirando los ingredientes de la parte de atrás.

Sony se sorbe la nariz sin mocos y se limpia las inexistentes lágrimas.

—Solo queríamos subir a la azotea, como en los viejos tiempos, y ser un poco rebeldes —dice encogiéndose de hombros y riéndose de sí misma—. No sé qué haré si él no sobrevive. Es un alma tan buena... Perdió a sus padres en un incendio, ¿sabe?, y también a su cachorro, yo...

—Está bien, está bien. —El cajero coge uno de los paquetes—. Toma, aquí tenéis.

—Vaya, gracias. —Sony sonríe, los acepta sin pensárselos dos veces y avanza dando brincos hacia la puerta.

Neo y yo la seguimos, nos sorprende que el truco haya dado resultado. Neo se las apaña para colar una bolsa de ositos de goma entre su pierna y el reposabrazos. Una vez que salimos y la puerta se cierra a nuestras espaldas, exhalamos dejando ir nuestros nervios, mientras Sony da unos cuantos pasos más hasta detenerse.

—Anótalo —ordena Sony señalando el cuaderno de Neo.

Neo obedece y escribe en su cuaderno: «16.07: la idiota ha engañado con éxito a un mirón de tetas para que le regale cigarrillos».

Sony gira el paquete en el aire y lo agarra con una mano.

—No tengo cáncer —dice Neo.

—Efectivamente, pero el cáncer nos acaba de ahorrar diez pavos, que es lo mejor que puede ofrecernos a corto plazo.

—Sony —la increpo.

—¿Qué? Los niños con cáncer del hospital me aman. Siempre se ríen cuando los persigo y me acabo desplomando por falta de aire. *Quid pro quo*, ¿sí?

—¿Estás segura de que lo que hacen no es llorar?

—¿*Quid pro quo*? —pregunto.

No suelo saber las cosas que la mayor parte de la gente sabe. No se me dan bien los sarcasmos, ni las ironías, ni las frases hechas, ni el deporte. Todas estas cosas se me escapan siempre, hasta que Neo las explica:

—Significa 'algo por otro algo' en latín —dice. Él lo sabe todo.

—¡Sí! —interviene Sony—. Como cuando matas a alguien y ese alguien te mata a ti. Igual que en la ley del karma. Así es como funciona el *quid pro quo*.

—¿Así funciona? —Miro a Neo.

—Pues no. ¿Hay alguna razón por la que tuviera que estar presente hoy aquí? —pregunta.

De pronto, su silla de ruedas cruje con el peso depositado en el compartimento inferior. Neo frunce el ceño. Se gira tanto como su espalda se lo permite hasta ver cómo están colocando un paquete de seis cervezas bajo su asiento.

La fuerza de nuestra misión ha llegado. C parece más hombre que niño. Es alto y guapo. Con las manos en los bolsillos, empuja la cerveza suavemente con el pie para esconderla mejor.

—¿Cómo ha ido? —pregunta C.

Sony se apresura a mostrar el botín.

—Nos he ahorrado diez pavos gracias al cáncer.

C inclina la cabeza hacia un lado.

—¿En cigarrillos?

—Y en ositos de goma —digo. Neo lanza la bolsa por encima de su hombro, hacia el pecho de C.

—Vamos, C. —Sony pone los brazos en jarra—. Qué seríamos sin ironía sino clichés aburridos, ¿no crees?

—¿Seríais entonces gente que no usa a pacientes en sillas de ruedas a modo de mula? —Neo intenta alejarse empujando la silla, pero C se agarra al respaldo de esta como si fuera el cuello de su camisa.

Neo pone los ojos en blanco. Saca otro cuaderno del bolsillo lateral, este con la tapa arrancada. Mientras comenzamos a cruzar la calle, de regreso a casa, agrega las conquistas de hoy a nuestra Lista Negra:

- Cigarrillos (esos que molan de las películas de Bond)
- Cerveza
- Una piruleta
- Gafas de sol de mierda
- Ositos de goma
- Una tarde fuera
- Un montón de nervios

Los hospitales son lugares insípidos en los que prima el mal gusto. Pero, aunque ya no sueña como antes, no hay compañía más emocionante que la de unos ladrones.

—Bebé, eres un pilar —dice Sony con el orgullo y la camaradería iluminando su rostro—. Sin ti, la misión se vendría abajo. ¿Quién sino podría hacer el seguimiento de nuestras gloriosas historias?

—Además, eres un carrito de la compra excelente —agrega C acariciándole la coronilla.

—Mira, C, hay tráfico —dice Neo señalando la carretera—. Empújame hacia dentro. —C le mete a Neo un puñado de chuches en la boca mientras emprendemos el camino de vuelta.

Sony salta las líneas blancas del paso de peatones, igual que saltan las piedras que se lanzan sobre un arroyo. Justo detrás de ella, va C empujando la silla de Neo; dos patitos en fila india. Al final de la cola estoy yo, quien narra la historia. Ellos siempre llegan antes a la meta.

Neo lleva nuestra Lista Negra en su regazo. Un destello de luz se refleja huidizo en las espirales de metal del cuaderno, como si quisiera jugar con ellas. Levanto la vista para seguir su halo, más allá de la fila de coches que se bifurca después de la intersección.

Mi corazón se cae.

Justo después de los coches, un río corta la ciudad en dos. El puente es lo único que une ambos lados. Un puente que he conocido toda mi vida, que crea un agujero en mi pecho. En lugar de ver extraños riéndose y niños tirando monedas al agua, solo veo la nieve sobre la barandilla. Veo solo la oscuridad.

Empiezo a mirar hacia otro lado, dejo ir el pasado, pero algo más emerge detrás de este.

El color amarillo.

Solo una pequeña pincelada.

Los grises se acobardan dejando paso a hebras de colores arrastradas por la brisa del río. ¿Acaso el sol ha bajado a la tierra y ha decidido pasar un día entre sus súbditos?

Estiro el cuello para ver mejor, pero hay demasiada gente en el puente: parejas, turistas y niños que me tapan la vista. Las ciudades son impacientes, el sonido de un claxon me trae de vuelta a donde estoy, y mis amigos me están esperando justo al otro lado.

—¿Sam? —me llama C.

—Perdón. —Emprendo el camino de vuelta a paso ligero. Entramos a la vez en el hospital y, pese a que mi barbilla sigue enganchada a mi hombro, el puente ya está demasiado lejos para hacerme daño. Sigo mirando hacia atrás hasta que mi reflejo se desvanece a través de las puertas acristaladas.

—Vaya, vaya —dice Sony con la piruleta entre los dientes—. La tripulación contrabandista regresa tras un día en el mar. —Se mete los cigarrillos en la manga una vez llegamos al patio.

Como la mayoría de los hospitales infantiles, el sitio es viejo y da esa sensación de falsa alegría.

Globos con diseños extravagantes y baldosas de colores desteñidas intentan iluminar un espacio donde muchos entran y salen sintiendo que se apagan. Las paredes están cubiertas de pósteres y carteles sobre tratamientos e historias reales de éxito, pero son igual de viejos que el resto de la decoración. Y el broche final: enfermeros y médicos que vienen y van.

—Ahora démonos prisa —dice Sony—. Vamos a subirlo todo antes de que... ¡Hombre, Eric!

Nuestro más célebre carcelero (enfermero) de planta se llama Eric, y tiene el gran don de la oportunidad. Enarca una ceja ante el tono de Sony mientras su pie va dando golpecitos contra el suelo. Su detector de mentiras es un arma afilada. Si de verdad estuviéramos en una prisión, no querría vérmelas nunca probando su ira.

—Y, justo delante de las narices de la idiota contrabandista, la historia se repite una vez más —narra Neo—. ¿Debería decir «te lo dije»? ¿o debería delatarte por haberme secuestrado? —C le mete otro puñado de chuches en la boca mientras yo abro el libro de su bolsillo lateral para ponérselo en la cara.

—¿Dónde estabas? —pregunta Eric. Las bolsas de debajo de sus ojos hacen juego con su pelo oscuro, y tiene los brazos cruzados delante del pecho. Está preocupado. De lo contrario, no se hubiera dado todo el paseo hasta aquí abajo para llevarnos hasta casa.

—Eric, querido Eric..., antes que nada, ¿es nuevo este uniforme? —pregunta Sony señalando pausadamente de arriba abajo—. Te ilumina la cara...

—No te lo decía a ti. —Eric levanta la mano para mandarla callar. Luego me mira directamente.

Ojalá ser invisible ahora mismo.

—Solo estaba tomando un poco de aire fresco —digo mirando al suelo mientras me rasco la nuca.

—Conque aire fresco, ¿eh? —Eric frunce el ceño poco convencido—. ¿Acaso te has olvidado de que tenemos un piso entero dedicado a eso? —Se refiere al jardín del sexto piso.

Cuando la espalda de Neo aún estaba bien, solíamos escondernos en los arbustos allí arriba. Hicimos un plan para vivir toda nuestra vida en el jardín fingiendo ser leñadores que vivían de bayas silvestres. El plan funcionó bien durante unas tres horas, pero luego nos entró hambre y frío, y C estaba al borde de las lágrimas por no poder cargar su teléfono para escuchar música. Volvimos hasta arriba de restos de plantas y con olor a tierra.

Desde entonces, a Eric no le emociona la idea de perdernos de vista.

—¡Vaya! —Sony no se da por vencida—. Bueno, a ver, discúlpanos por querer buscar un cambio de aires...

—Basta. —Eric alza los brazos y nos apretamos más—. No tendría que hacer falta que os dijera que no fuerais imprudentes.

—A ti te operan mañana —dice señalando a Neo. Tam-

bién a C justo después—. Tú tienes una ecografía. —Luego a Sony—. Y tú se supone que ni siquiera tendrías que levantarte de la cama. ¡Y ahora arriba todo el mundo!

C empuja la silla de Neo hacia delante mientras nos apresuramos hacia los ascensores. Sony aprieta el botón con la suela del zapato. Una vez en el último piso, C levanta a Neo de la silla: alza su cuerpecito delgado, prestando especial atención a la columna. Desde aquí, tenemos que subir la escalera para llegar al tejado. Yo sujeto la silla de ruedas mientras Sony se pone a subir los escalones.

A mitad de camino, Sony y C necesitan hacer una parada.

Sony cierra los ojos y se apoya en la barandilla. La mitad de su pecho se eleva, rápido y profundo, pero ella se niega a abrir la boca para respirar. Admitir tal derrota es una satisfacción que jamás estaría dispuesta a otorgarle a un mero aumento de altitud.

C también se tiene que apoyar en la barandilla. Tiene la oreja de Neo pegada al centro de su pecho.

—¿Suena a música? —pregunta con apenas un hilo de voz.

—No —dice Neo—. Suena como un trueno.

—Los truenos suenan bien.

—No cuando hay una tormenta entre tus costillas. —Neo toca las cicatrices de los vasos sanguíneos que trepan por la clavícula de C—. Tus venas son una fábrica de relámpagos que parecen estar intentando escapar.

C sonrío.

—Está claro que eres escritor.

—Sí. —Neo se acomoda para volver a pegar el oído a su latido—. Respira, Coeur.

Todo esto también forma parte de sus rituales: es necesario que estemos un minuto en silencio debido al medio par de pulmones de Sony y a ese medio corazón de C.

Sony es la primera en abrir los ojos y empezar de nuevo. Le da una patada a la puerta de la azotea hasta abrirla de par en par. Estira ambos brazos hacia los lados tanto como puede. Y silba la melodía propia de una delincuente no condenada, mientras acompaña su canción con unos ligeros golpecitos de pies.

—¡Lo conseguimos!

—Lo conseguimos —susurro apoyando la silla de Neo en el suelo y ajustando los tubos respiratorios en la oreja de Sony. C baja a Neo suavemente, mientras le entrega algunas páginas que saca de su bolsillo trasero.

—¿Te ha gustado? —pregunta Neo.

—Sí. —Neo y C están montando una novela juntos. Neo es el escritor, C es la inspiración, el lector, la musa; es el que tiene ideas que no siempre puede transformar en palabras.

—Pero me preguntaba una cosa —dice C haciendo un repaso mental al capítulo en su cabeza—. ¿Por qué acaban dándose por vencidos así sin más?

—¿Qué quieres decir? —dice Neo mientras hojea las páginas.

—Ya sabes, me refiero a lo que ocurre con el personaje principal, ellos descubren que la persona a la que llevaban amando todo ese tiempo les ha estado mintiendo. No gritan, ni se enfadan, ni lanzan nada contra la pared como cabría esperar. Simplemente... se quedan.

—Ese es el punto —dice Neo—. El amor es algo difícil de dejar ir, incluso aunque duela. —Se acaricia distraídamente el vendaje de la parte interior del codo. Un trocito de algodón cubre todavía un pinchazo de aguja reciente—. Tú intenta alejarte de alguien que te conoce tan bien que podría hundirte, ya verás cómo te das cuenta de que es imposible amar a otra persona. Y, de todos modos, si te diera el final que quieres, no lo recordarías.

Neo no solo escribe historias, se convierte en ellas. La mayoría de sus pequeños fragmentos suenan tanto a verdad que dan como un cierto escalofrío. No obstante, la mayoría de estos pequeños relatos acaban borrados o en la papelera. Y así ha sido siempre.

Sony coloca un cigarrillo entre los labios de Neo, luego otro entre los míos. Sujetándolo firmemente en su boca, Neo ahueca una mano a modo de escudo contra la brisa. El mechero de Sony parpadea hasta que la llama consigue prender el cigarrillo.

Neo no inhala. En su lugar, observa igual que yo; deja que el olor hormiguee en sus fosas nasales y va viendo cómo el humo se eleva hasta alcanzar la unidad con las nubes. C y Sony no dan sorbos al brebaje que burbujea bajo las tapas de las botellas. Lamen la espuma y pegan la lengua a su paladar.

Seremos seres a quienes les guía la codicia, sí, pero no mostramos falta de gratitud. Para admirar las armas, no hace falta participar en la destrucción.

—¿Creéis que la gente nos recordará? —pregunta Sony mirando al cielo y jugueteando con su collar. C se acaricia las cicatrices y el relámpago que reside en ellas. Neo frota la silla con sus huesos protuberantes.

Por injusto o trágico que pueda resultar, mis amigos se van a morir.

Entonces, ¿qué más queda por hacer aparte de fingir?

—No lo sé.

Todo el grupo me mira.

—Nuestro final no nos pertenece.

Sony sonrío.

—Entonces, robemos de vuelta nuestro verdadero final.

—Precisamente por eso hemos subido aquí hoy, ¿verdad? —añade C—. Dijimos que hoy íbamos a planear nues-

tra gran escapada del hospital. —Neo le dirige una mirada. La posibilidad de hacer lo que hemos hecho hoy, pero a lo grande, crece en nuestras mentes. C se encoje de hombros—. ¿Qué nos detiene?

De repente, la puerta se abre con un chirrido.

—Aquí estamos. Se supone que no se puede venir aquí, pero a veces a los niños les gusta... —La voz de Eric nos da un susto. C casi rompe su botella al tropezarse con ella, mientras Neo y yo tiramos nuestros cigarrillos tan rápido que casi nos prendemos fuego a las manos mutuamente.

Justo en el momento en el que nos ponemos de pie y nos damos la vuelta, Eric ya está furioso, pero, en medio del caos, el tiempo se ralentiza. Una melodía familiar toca una sola nota despertando la atención de toda la orquesta.

Me quedo en silencio.

Una luz amarilla emerge por detrás de la silueta de Eric.

Y un sol se esconde detrás de él en forma de niña con destellos de color amarillo en sus ojos.